

LIBROS

«Memorias de un editor»

Cuando en 1944 Moreno Villa alentaba a los escritores españoles para «que venciesen las reservas tradicionales y entraran en el campo de la confesión o repaso gustoso de la propia vida», no podía figurarse el crecimiento de este género en nuestros últimos veinte años. Su consejo, conocido o desconocido, ha dado extraordinarios frutos. Recordemos sólo la impar «Automoribundia», de Ramón Gómez de la Serna, los «Pasos contados» y «Puerilidades burguesas», de Corpus Barga, y «La arboleda perdida», de Alberti, entre los más descollantes. A los escritores han seguido los políticos, principalmente los relacionados con nuestros últimos acontecimientos históricos (Gil Robles, Chapaprieta, Hidalgo de Cisneros, etcétera). Y, recientemente, llenando un espectacular vacío, José Ruiz-Castillo Basala nos ofrece sus «Memorias de un editor» (1). Memorias que alcanzan muchos años del proceso editorial de nuestro siglo; concretamente desde la aparición de la famosa e inolvidable Editorial Renacimiento, en 1910, que cuenta en su fondo primeras ediciones del 98, fundada por el padre del autor, presidente que fue de la Cámara Oficial del Libro, don José Ruiz-Castillo.

Inscrito en el género de Memorias (género en el que predomina la narración, el relato de hechos vividos, las anécdotas y relación con el contorno exterior a uno), Ruiz-Castillo pretende «aproximar al lector la personalidad de las grandes figuras

(1) José Ruiz-Castillo Basala: «Memorias de un editor». Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1972.

literarias a través de la propia experiencia de la relación autor-editor». Así, uno tras otro, desfilan por sus páginas Juan Ramón Jiménez, Azorín, Miró, Baroja, Manuel Machado, Ortega, Ramón Gómez de la Serna, Lorca y Alberti, en visión y anécdotas nuevas, en su faceta de autores en el momento clave de su incorporación al acervo cultural del país, en el momento de su edición.

Existen además en el libro aspectos dignos de mención y de indudable interés para una futura historia de la edición en España en lo que va de siglo: la introducción de la obra de Freud en España, de incalculable importancia; las dificultades de apertura del mercado librero español de América, etcétera.

El libro hubiera ganado con la aportación de datos más concretos de la relación autor-editor, tales como el tanto por ciento abonado, número de ejemplares, modelo de contrato, precio de las traducciones, costo del libro, relaciones editor-librero, etcétera. Pero es preciso decir que en su haber existen curiosas relaciones del viejo Madrid, de ese Madrid, nos recuerda el autor, del que Ortega dice que los trigales comenzaban en la plaza de Santa Bárbara; sobre la ubicación del mercado librero en la capital, las relaciones entre editores y con la Administración, el nacimiento de importantes colecciones, etcétera, y todo enclavado en el devenir histórico del propio autor.

Escrito en un lenguaje sencillo, con evidentes intenciones de claridad, su interés crece a medida que el libro avanza, alcanzando su verdadera dimensión cuando se limita a lo relacionado con el mundo editorial. De todas formas, no quiero olvidar el pasaje en que el niño descubre la tremenda realidad de la huelga. La primera parte, que narra un viaje a la Rusia de Stalin, es, a nuestro juicio, lo más flojo del libro.

La edición se enriquece con ilustraciones de un curioso catálogo, hoy de difícil localización, de la Editorial Renacimiento, de 1915, debidas al genial Bagaría, con magníficas fotos y con cartas cruzadas por el editor con diversos autores. ■

JOSE ESTEBAN.

Una necesidad colmada: «Ethnica» (Revista de Antropología)

Es evidente lo poco desarrollados que están en España los estudios de Antropología Social. A pesar de la riqueza y variedad de la vida tradicional española ésta ha sido muy poco estudiada, y los estudios que se han hecho han quedado circunscritos, durante mucho tiempo, a un nivel puramente etnográfico: descripciones y estudios folklóricos, e incluso éstos desprovistos de rigor científico y ni siquiera extendidos a todas las regiones españolas. Durante mucho tiempo, la etnología a nivel peninsular ha quedado limitada a la notable figura y erudición de Caro Baroja, aun cuando en México podíamos encontrar prestigiosos investigadores de este campo de origen español. Una serie de estudios etnológicos y antropológicos realizados en España por descollantes personalidades de la Antropología Social, han sido redactados en lenguas extranjeras y, por tanto, puestos fuera del alcance de muchos españoles interesados en esta perspectiva de las Ciencias Sociales. Tal ha sido el caso de una obra que se ha convertido en clásica entre los especialistas de Antropología Social —«The people of the Sierra»—, que no ha sido traducida al castellano hasta época muy reciente; o como el estudio sobre Belmente de los Caballeros del antropólogo español Carmelo Lisón Tolosana,

sólo publicado en inglés. Lo mismo podemos añadir de los trabajos de Sol Tax, Kenny, etcétera.

Sin embargo, no es menos evidente que últimamente el interés despertado por las Ciencias Sociales en España es enorme, y no sólo de un modo pasivo, sino que existe una auténtica explosión de vocaciones sociológicas y aspiraciones de plasmar el proceso de cambio y desarrollo que actualmente está aconteciendo en nuestro país en estudios empíricos y en análisis sociológicos.

En lo que respecta a la Antropología Social y Cultural la laguna ha sido aún mayor que en otras perspectivas sociológicas. Pero, igual que en otras materias, se está produciendo un continuo y progresivo interés por el conocimiento socio-antropológico. Fruto de este interés fue la aparición de la que no podemos más que calificar de magnífica (a la vista de los resultados de otros proyectos) Escuela de Antropología que, con sede en el Museo de Etnografía, funcionó bajo la dirección de Claudio Esteva Fabregat y que durante tres años produjo un auténtico plantel de especialistas en las diversas ramas de la Antropología. Después, han venido la creación en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, de la subsección de Antropología de América; la aparición de la asignatura de Antropología Social en diversos centros docentes; la primera Cátedra de esta asignatura en Barcelona; y el Centro de Etnología Peninsular en esa misma ciudad.

Esta misma corriente de interés ha logrado la aparición de una publicación científica que colmará la laguna que en esta materia todavía existía. «Ethnica», editada por el Centro de Etnología Peninsular de Barcelona constituye un nuevo acierto al conseguir que en España se publique una revista de Antropología, con un nivel y categoría científica de las mejores producciones extranjeras.

El número 2 de «Ethnica» incluye trabajos de Greenwood, Luque, Esteva Fabregat, Mallart, Prevosti, Verhulst, S. Tax y Terrades. Sus más destacables artículos son: «Para una teoría de la aculturación en el Alto Aragón»; «Familia, paren-

tesco y estratificación social» y «Evolución biológica y evolución cultural». ■

JUAN MAESTRE ALFONSO.

Una larga historia...

Guillermo Fernández-Shaw, hijo de Carlos Fernández-Shaw, libretistas famosos los dos, ha escrito un libro dedicado a la «Larga historia de la vida breve». El libro, independientemente de la previsible devoción filial con que Guillermo habla del autor del libreto de la famosísima ópera, está bien, y es de los que deberían abundar en la bibliografía teatral española, acaso añadiendo un tipo de precisiones escénicas que en esta ocasión no se dan. A Guillermo Fernández-Shaw le ha interesado más la peripecia anecdótica, que, como es lógico, no podía dejar de comportar —España es diferente— la amargura de Falla ante las dificultades iniciales con que aquí se encontró, antes que la problemática específicamente escénica que una ópera de tales características debió plantear. Esto, y el análisis de las soluciones concretas que se dieron es lo que yo noto en falta para decir que nos encontramos ante un libro guía. Porque explicar todas las peripecias que rodearon la creación de «La vida breve», abordar la personalidad de sus autores, registrar sus triunfales estrenos en Francia y el posterior en España, es materia útil, sobre todo si va acompañada de una serie de cartas de Falla a Carlos Fernández-Shaw y del texto completo de la ópera. ¿Imagina el lector el valor que tendría una colección que recogiese, en iguales términos, el estreno de esos veinte títulos que definen la historia del teatro español del siglo XX? Siempre, ya digo, que a la información se añadiese un estudio de esa poética del escenario —que no es ni el texto ni la partitura—, contemplada aquí un tanto rutinariamente y como cosa artesanal.

El libro, editado por «Revista de Occidente», centrado en una ópera y un tema claves en la música y el teatro español, posee una singularidad incuestionable. ■

J. M.

